El discurso episcopal a la convención

El Reverendísimo Craig W. Loya, Convención ECMN, 2025

I.

Hace mucho años, un reportero le preguntó a Angus Young, un miembro del dúo de rock clásico AC/DC,—¿cómo contesta usted a quienes dicen que ustedes no más han grabado el mismo disco once veces?—Replicó sin vacilar—Me canso de escuchar que hemos publicado once discos idénticos. De hecho son doce discos completamente idénticos que hemos publicado.

Para quienes estén rastrillando, en las cinco ocasiones que me he dirigido a esta convención como obispo, he dado el mismo mensaje en su esencia, con diferentes metáforas e historias. Pues, bienvenidos a mi sexto disco.

Van a oír unos riffs de guitarra ya conocidos, y no pido disculpas por eso. El evangelio de Jesucristo, al igual que el rock and roll, no requiere nada nuevo. Y el liderazgo que compartimos no se trata de inventar nuevas cosas resplandecientes, más bien es devolvernos a quienes y de quien somos. Dios tiene un proyecto de sanar un mundo quebrado y adolorido con amor y se nos invita a participar. Lo único que tenemos que hacer es rendir toda nuestra vida a eso. Nada nuevo. Solamente cierto.

II.

Si lees las escrituras, y estudias la trayectoria larga de la historia eclesial, hallarás que la época que estamos viviendo tampoco es nada nuevo. El pueblo de Dios se ha encontrado una y otra vez en la misma posición en que nosotros nos encontramos hoy día. En cada temporada de crisis, catástrofe y perturbación, el pueblo de Dios ha seguido adelante de un período de estabilidad a otra con lo que implica cumplir su promesa con Dios. Ha hecho esto por medio de la formación de pequeñas comunidades remanentes de práctica, testimonio y resistencia. Así fue en el exilio babilonio que produjo la mayor parte del Antiguo Testamento, fue así para los primeros cristianos en la sombra del Imperio romano, los Padres y Madres del desierto, Benedicto, Francisco, Clara, Dorothy Day, el movimiento de iglesias caseras en el China comunista, una y otra vez. Pequeñas comunidades que practican la vía del amor, dan fe del poder de Dios, y resisten las fuerzas que destruyen a las criaturas preciosas de Dios; esta es la fórmula, toditas las veces.

El capítulo 29 del libro de Jeremías es un retrato vívido uno de estos períodos. El profeta envía una carta a aquellos que viven en el doliente posterior del arraso total de su tierra materna, y de haber sido deportados a vivir en una tierra que desconocen. ¿Los consejos de Jeremías para sobrevivir tal crisis? Que se asienten y se acomoden con la incomodidad:

a plantar huertos, fundar familias, participar y buscar el bienestar de esta tierra extraña donde han sido ubicados, y no se olviden de la promesa escandalosa de Dios que los ha sostenido, y que aún los sostendrá.

Cabe poca duda que en nuestra época estamos viviendo en un período semejante. Seguimos, como hemos hecho durante muchas décadas, administrando una expresión institucional de la cristiandad que ya no goza de los apoyos culturales fuertes que la sostenían durante años, y que sigue cambiando debajo de nuestros pies. Y en nuestra nación, no solamente estamos viendo división política, más estamos chocando con los límites del experimento democrático americano de estar unidos. Tanto en nuestra iglesia como en nuestra nación, hemos entrado en una de estas épocas en que queda claro que ya no somos lo que en un entonces éramos, y los que seremos todavía no se ha formado en su totalidad. Lo podemos negar (lo cual hacemos frecuentemente), lo podemos lamentar (lo cual probablemente debemos hacer), podemos enfurecernos contra ella (lo cual muchas veces da satisfacción), o podemos asentarnos y empezar a plantar algunos huertitos. Como sea, nada de eso es nuevo. Solamente es cierto.

Lo que he intentado hacer durante mis primeros cinco años como el obispo de ustedes es invitarnos a ver esta posición de remanente, de exilio, no como una amenaza que temer, sino como un regalo a recibir. Al igual que nuestros ancestros en cada otro momento como este, nuestro trabajo es de formar y atender a pequeñas comunidades de práctica, testimonio y resistencia. Por tanto, al iniciar mi segundo cinco-años como obispo, quisiera bosquejar como yo espero que se verá cuando nosotros vivimos totalmente de acuerdo con nuestro llamado a ser una diócesis en el cayo exiliado y remanente.

III.

Significará por lo menos cuatro cosas.

Primero, significa que vamos a ser raros.

La cristiandad auténtica siempre se verá rara para el mundo que la rodea, porque Jesús nos invita a vivir en una historia distinta. La historia que se cuenta a nuestro alrededor es que el mundo es una batalla de suma cero con ganadores y perdedores. La historia que se cuenta a nuestro alrededor me representa como el protagonista. La historia de Jesús ve el mundo como una comunidad que anhela sanación. En la historia de Jesús, Dios es el protagonista. La historia de Jesús dice ama a tu enemigo, bendice a aquellos que te maldicen, bienaventurados son los pobres, tiene que perderlo para salvarlo. Si vivimos en esta historia, debe ser que no ven como raros.

En la Escuela Breck allá en Minneapolis, uno de nuestros capellanes extraordinarios, Bryan Bliss, toma ejemplo del antiguo filósofo Sócrates en su trabajo con los estudiantes de la

preparatoria. A Sócrates lo acusaron de corromper a los jóvenes de su época al presentarles “los dioses raros.” Bryan percibe que su propio trabajo es de ayudar a los estudiantes a navegar una cultura que constantemente demanda que los adolescentes produzcan, logren, y tengan éxito. Los presentáa a los dioses raros, incluso el Dios raro del evangelio. Hay una pequeña hermandad que se reúne para oración a mediodía cada viernes, para tratar de pasar tiempo con este Dios raro del evangelio.

En San Nicolás en Richfield, Casa María es un ministerio de comida y comunidad de amor para inmigrantes recién llegados. Escucharán más sobre este después del almuerzo. Lo sostiene una red de por lo menos siete de nuestras comunidades de fe. Este en un momento en nuestra nación cuando el gobierno federal esta aplicando la ley de migración con un filtro de poros radicalmente finos y con un deleite cruel. En Casa María tenemos el atrevimiento de ser vistos como diferentes, y acatamos el imperativo moral contundente de las Escritura de cuidar al extranjero y al de la margen. El trabajo en la Casa María no se trata de la política, se trata de la dignidad. No se trata de ganar puntos, se trata de unirse a la obra de sanación de Dios. Es una historia nueva y valiente.

El camino más rápido a la disminución de la iglesia es que se haga de caso que el evangelio no es raro, que se disculpe por sus rarezas, que se suavicen sus exigencias radicales. Mientras administramos esta diócesis remanente a través de una época de exilio, tenemos que preservar su rareza.

Segundo, significa que vamos a seguir estableciendo raíces profundas.

En un día libre la semana pasada, di una caminata larga por el Parque Estatal William O’Brien, un poquito al norte de Stillwater. En un dado momento, el sendero sale de los peñascos sobre el río y se entra en una bella amplitud de pradera. Un rótulo describe el papel esencial que desempeñan los fuegos regulares en la preservación del ecosistema. Los zacates de la pradera pueden sostenerse a pesar de ese trauma necesario del fuego porque el zacate tiene raíces tan profundas y enlazadas.

Hace cinco años, en mi primer discurso ante la convención, bosquejé cuatro prioridades que esperaba que formarían nuestra vida en común: discipulado, justicia, innovación fiel, y vitalidad congregacional. El discipulado—pasar nuestras vidas como aprendices del camino de Cristo—es la prioridad fundamental que hace posible todo lo demás. Enfocar en como atamos nuestros corazones en lleno al Dios viviente es la forma en que establecemos raíces profundas y fuertes para resistir los fuegos que son inevitables. En esta época de remanente, nos conviene más fortalecer nuestras raíces que siempre tratar de apagar los fuegos.

Varias congregaciones a través de la diócesis han estado experimentando vitalidad renovada por la serie de cursos gratuitos en línea de John Mark Comer que se llaman *Practicing the Way*, que enfocan en ayudarnos a crecer juntos, en comunidad profunda los unos con los otros. Los martes por la mañana, una semana si, una semana no, le personal diocesano y yo pasamos casi dos horas sumergidos en esta serie, y ha cambiado mi propia vida y fe, y ha transformado como nosotros trabajamos juntos porque nos ayuda a enfocar regularmente en el establecimiento de raíces más profundas. Escucharán más de la iglesia San Pablo en Duluth acerca de su experiencia increíble luego esta mañana. Un participante de una congregación en Minnesota escribió diciendo—Esto me está ayudando a revivir espiritualmente. —Lo que más necesitan la iglesia y el mundo en este momento es gente que esta viva espiritualmente, porque están profundamente arraigados en el suelo revitalizador del amor de Dios.

En años recientes un grupo de ministros de jóvenes del área metropolitano han estado trabajando cada vez más en conjunto, abriendo sus eventos los unos a los otros, y coordinando conjuntamente el discipulado para los jóvenes. Un sábado reciente por la mañana, recogí al más joven de los muchachos de Loya después de una noche que pasó en la iglesia. Aún a la conclusión de una noche guiando a preadolescentes super emocionados, la alegría y emoción en este lugar se sentía. Estos ministros muy trabajadores no están tratando de formar programas exitosos cada uno a solas; están tratado de formar discípulos al establecer raíces profundas e interconectadas, al igual que los zacates de la pradera.

Cuandoquiera que estemos formando raíces profundas, aún cuando sea con pocos otros, estamos viendo bellísimas frutas.

Tercero, significa que vamos a aceptar nuestros límites.

Jeremías escribió al pueblo que estaba viviendo con la pérdida devastadora del templo de Jerusalén. Había sido el centro de la vida religiosa, política, económica y social. Las pequeñas comunidades de práctica, testimonio y resistencia que ahora les tocaba cultivar en el exilio no podían servir todas las necesidades de toda la gente. Tuvieron que enfocar radicalmente en las cosas más esenciales para preservar la promesa por medio de una época transicional. Cultivar un huerto en el exilio implicaba aceptar los límites de lo que podían y no podían hacer.

Cuando la iglesia era el centro cultural de la vida americana, la parroquia local era el eje de la vida comunitaria y social. Y aún que nuestra posición en la cultura ha trasladado nuevamente a las márgenes, muchas veces seguimos intentando sostener una congregación como un centro de servicio total con programas geniales y actividades

divertidas para todo tipo y todo interés. Frecuentemente nos encontramos intentando a remar el bote a la misma velocidad que iba con los vientos fuertes de la expectativa cultural de participación en la iglesia. Quedan exhaustos tanto nuestros líderes laicos como los ordenados, y no podemos continuar intentado ser todo para todos.

Al igual que nuestros ancestros en Babilonia, vamos a tener que dejar a un lado las cosas que no forman parte de nuestro trabajo esencial de formar discípulos que practican el camino de amor de Dios conjuntamente. Siempre habrá alguien que se va a sentir decepcionado cuando se dejan cosas a un lado. No todos van a querer participar en esta etapa del recorrido. Nuestro quehacer como líderes laicos y ordenados no es mantener felices a todo el mundo, es mantener el enfoque de nuestras comunidades en la cosa más esencial.

Cuando se trata de aceptar limitaciones, no soy solamente su pastor en jefe, además soy su hipócrita en jefe. Tengo cinco años haciendo este trabajo como si mi cuerpo no fuera mortal. Ya me ha humillado lo suficiente para entender que sostener tal ritmo a largo plazo no es ni posible ni es fiel. Tomaré un sabático por tres meses el año que viene, el primero en más de veinte años de ministerio. Sigo sintiendo profundamente llamado a este trabajo en este lugar, y quiero preservar mi habilidad de hacerlo, con ustedes, a largo plazo, así que simplemente tiene que haber descanso periódicamente.

Eso también implica que voy a tratar de mantener mi propio enfoque, y el del personal diocesano, en el trabajo que más importa, e inevitablemente habrá cosas que quedan sin hacer. El gran regalo que me dieron cuando me eligieron fue la claridad absoluta sobre lo que necesitaban que yo hiciera: estar profundamente presente en y con la diócesis, cultivar una voz pública teológica y pastoral, ayudarnos a discernir nuestras formas de comunidad cristiana en un entorno cambiante. Eso sigue siendo el trabajo que estimo ser la esencia del ministerio de un obispo, y la manera en que más puedo servir la diócesis. Espero que la manera en que juntos administramos esta diócesis no sea cuestión de perseguir todo lo que se podría hacer, más bien de ayudarnos a mantener el enfoque en nuestro trabajo más importante.

Finalmente, significa que vamos a vivir con una esperanza audaz y contagiosa

En otro momento de remanente, el autor de I Pedro se dirigió al movimiento cristiano emergente que estaba viviendo en la sombra de un imperio represivo urgiéndolos a que siempre estuviesen preparados para compartir el relato de la esperanza que llevan por dentro. A pesar de la imposibilidad de sus circunstancias políticas, los primeros cristianos vivieron con una esperanza audaz e inamovible en el poder del amor, y eso hizo que sus pequeñas comunidades fueran irresistibles para un mundo que se estaba deshilando.

Así tiene que ser con nosotros, mis queridos. En ese momento doliente en la vida de nuestra nación, en este momento retador en la vida de nuestra iglesia, la sanación que anhela el mondo no vendrá como resultado de prevalecer en una discusión gritada, ni de una victoria política. La sanación que el mundo anhela vendrá hoy, como siempre ha venido, por medio del poder del amor. Podemos ser parte de la sanación de Dios si estamos en plena vida con la esperanza que llevamos por dentro, si podemos vivir plenamente desde la esperanza que tenemos que el amor ya ha ganado.

El mundo se está muriendo del hambre de esperanza, y la buena nueva de Jesús Cristo se hizo para un momento como este. Más que veinte cinco de nuestras congregaciones han crecido significativamente en los años saliendo de la pandemia, lo cual es un testamento no solamente a su liderazgo, más al hambre espiritual que nos rodea. Bajo el liderazgo de Blair Pogue, más que dos cientos personas en la diócesis están involucradas en comenzar nuevas iniciativas y comunidades para presentar el camino de Jesús a la gente. Jeckonia Okoth ha comenzado a establecer el fundamento para uno de los primeros establecimientos de una iglesia nueva que ha emprendido nuestra denominación en muchos años. Donde enfocamos en profundizar nuestras raíces y en sembrar semillas, el Espíritu siempre producirá fruta.

Antes que termine este año, también habremos cerrado dos iglesias. Cuando desacralizamos la Iglesia de Redentor en Canon Falls hace apenas unas semanas, un gran número de clérigos y líderes laicos se reunieron para sostener a los pocos fieles en un amor tierno. Cantamos, contamos historias, dimos gracias por la presencia de esta iglesia a través de las generaciones. Fue uno de los momentos más poderosos que he experimentado como el obispo de ustedes, no solamente debido a lo mucho que amo esta congregación, más porque como familia diocesana, enfrentamos esa muerte como creyentes en la resurrección. Nos sostuvimos los unos a los otros no solamente en el amor, más en la esperanza.

No enfrentamos con miedo y desesperanza tiempos oscuros y duros, y tampoco enfrentamos así la muerte. Como seguidores de Jesús, enfrentamos tiempos duros, enfrentamos las fuerzas de opresión y maldad, enfrentamos la mera muerte, gritando aleluyas rebeldes que surgen de la esperanza que llevamos por dentro. En los años venideros dejaremos algunas cosas a un lado, sembraremos algunas cosas nuevas y profundizaremos nuestras raíces. Seremos raros. Y todo lo haremos sabiendo que Dios ya ha salvado la iglesia y el mundo, por ende nosotros no tenemos que salvarlos. Dios, y el mundo que hizo, no necesitan que seamos una institución grande y exitosa. Dios y el mundo no necesitan que la iglesia sea adinerada e influyente. Lo que necesitan desesperadamente Dios y el mundo es que nos parezcamos con la cruz de Jesús, que

enfrenta todas las fuerzas duras que agreden y pisan fuerte a los hijos de Dios con un amor feroz y tierna, uniéndonos al Espíritu que junta todo en la acogida perfecta de Dios en la única luz. Nada nuevo. Solamente cierto.

Entregado a ustedes este día 14 de noviembre de 2025 en la Ciudad de Rochester.

El Reverendísimo Craig Loya X Obispo de Minnesota.